

LA ARQUEOLOGÍA COMO MOTIVO LITERARIO EN UN RELATO DE ‘ABD AL-SALĀM AL-‘UŶAYLĪ

Ingrid Bejarano Escanilla

El relato “*Raṣad maqbarat al-rūm?*” (“El maleficio de la tumba bizantina”) pertenece a la colección de cuentos *al-Hubb al-ḥazn* (*El amor triste*)¹ del escritor sirio ‘Abd al-Salām al-‘Uŷaylī. Nació este escritor en Raqqa (1918), una pequeña localidad de la región beduina de la Siria oriental y la más antigua metrópoli del valle del Éufrates, que fue residencia de verano del califa abasí Hārūn al-Rašīd².

Al-‘Uŷaylī ha compaginado su profesión de médico y su dedicación a la política con una intensa actividad literaria, y hoy es considerado uno de los escritores árabes más prestigiosos de Siria. De su extensa producción literaria (poesía, novela, ensayo, libros de viajes y numerosos artículos literarios) destacan sobre todo sus colecciones de relatos.

“El maleficio de la tumba bizantina” lo escribió probablemente al-‘Uŷaylī en homenaje a su tierra natal y al rico patrimonio histórico y cultural de esa importante región de Siria, que es la zona del Éufrates medio, es decir, la que abarca el conjunto del cauce sirio, de unos seiscientos kilómetros de longitud, desde el extremo más septentrional, donde se sitúa la antigua localidad de Qarqemish hasta la frontera con Iraq. En las márgenes de este histórico río las tierras son fértiles, y, regadas desde remotos tiempos, han constituido las bases agrícolas de las comunidades asentadas en su valle. Estas tierras del Éufrates medio fueron cuna de grandes civilizaciones y punto de encuentro de diversas culturas, cuyos monumentales vestigios arquitectónicos han perdurado hasta nuestros días como silenciosos testigos de un pasado esplendoroso, en muchos casos envuelto en un halo de leyenda y misterio.

Este entorno atrajo la atención de los europeos que, a finales del siglo pasado y comienzos de éste, realizaron las primeras misiones de reconocimiento del río Éufrates y de los parajes adyacentes.

Los alemanes, personajes que en este relato de al-‘Uŷaylī simbolizan el pensamiento europeo, fueron de los primeros grupos de extranjeros en explorar la región. De manera

¹ *Al-Ḥubb al-ḥazn* (Beirut 1979). El relato “*Raṣad maqbarat al-rūm?*” (8-23) es el primero de los cuatro que forman el libro.

² Como ha dicho el propio escritor, en su ciudad todo es historia y su soplo se respira por todas partes, pues hasta las casas que conforman la actual ciudad de Raqqa se han construido, la inmensa mayoría, con los ladrillos recuperados de entre las ruinas desmoronadas de algunos de sus antaño espléndidos monumentos medievales. “Le Nord-Est Syrien”, *Bulletin d’Études Arabes* XLI-XLII (Damasco 1989-90) 258.

paralela a las expediciones de carácter geográfico y militar emprendidas por las potencias europeas con el fin de afianzar sus intereses estratégicos y comerciales, y entre cuyos proyectos más inmediatos y primordiales destacaban el establecimiento de un sistema de navegación regular por el río y la construcción del ferrocarril, se llevaron a cabo diversas expediciones de carácter arqueológico. Es en este contexto de las misiones culturales en el que al-^Uḡaylī ambienta este relato, entrelazando con gran maestría fantasía y realidad y planteando con habilidad varios temas, algunos de cuyos antecedentes hay que buscarlos en el ámbito de pensamiento histórico y literario árabe medieval, o incluso en etapas de la época preislámica.

Sobre una base histórica, los personajes de los tiempos antiguos, así como las edificaciones que se construyeron bajo sus auspicios, fueron tomando forma distintas y variadas narraciones de carácter épico que, al principio, se transmitieron de manera oral y más tarde, a medida que iban recreándose, fueron recogidas en las obras histórico-geográficas arabo-islámicas de la Edad Media. La mayoría de las veces la realidad histórica fue en un primer momento adornándose de elementos fantásticos para poco a poco confundirse con el mito y la leyenda; así, la imaginación popular forjó su propia historia oral, algunos de cuyos ecos se han perpetuado hasta hoy en la cultura de las comunidades agrícolas asentadas en el valle de Éufrates medio.

En el relato "El maleficio de la tumba bizantina" al-^Uḡaylī reflexiona sobre la idea de cómo el mito y "lo maravilloso" son desplazados por el conocimiento positivo y la ciencia; cómo con la presencia europea el imaginario de la colectividad árabe es modificado y, en realidad, también objeto de intento de colonización. Lo que para la comunidad campesina era un maleficio, deja de serlo cuando el profesor alemán consigue mediante la observación y la explicación racional desvelar el misterio de la tumba bizantina. Al-^Uḡaylī plantea aquí otro importante aspecto de la literatura árabe medieval: el relato de "lo maravilloso". Entre los numerosos relatos en torno a algún hecho insólito que aparecen en la tradición narrativa histórica, geográfica y literaria árabe, hay uno que llama especialmente la atención y que es precisamente el que al-^Uḡaylī toma como elemento principal de su relato. Según una antigua creencia, los espacios cerrados, tales como las ciudades amuralladas, las cuevas o cámaras, las tumbas, etc., estaban protegidos por talismanes, normalmente colocados a la entrada del recinto o sobre la puerta, que, con sus maleficios, actuaban como defensas mágicas contra todo aquel que intentaba profanarlos. Tan sólo algunos seres heroicos, que poseían unas virtudes y cualidades especiales, conseguían franquearlos sin ser víctimas de sus ataques.

El grado mágico y maravilloso de los poderes del maleficio de la tumba bizantina aparece en estrecha relación con las valoraciones más o menos objetivas o subjetivas realizadas por cada uno de los personajes que intervienen en el relato, y de los que tres de ellos representan por lo menos otras tres realidades distintas: el mundo rural de los aldeanos y el pensamiento tradicional árabe preislámico e islámico; el mundo intelectual de los europeos y el pensamiento racionalista de occidente; y el proceso de aculturación y pérdida de identidad que sufrieron ciertos sectores de la sociedad árabe. Esta tercera realidad aparece representada en la figura del comisario, personaje que desempeña el importante papel de intermediario cultural, que es indispensable para hacer posible la comunicación entre los otros dos grupos, pero que, en el fondo, ni comparte ni comprende los razonamientos y la forma de pensar de éstos.

A través del diálogo de los distintos personajes, las apreciaciones sobre el maleficio de la tumba bizantina van modificándose a medida que se acerca el desenlace y que la "ciencia" va imponiéndose sobre la "magia".

“EL MALEFICIO DE LA TUMBA BIZANTINA”³

(Traducción)⁴.

“Ya estaba decidido que la misión arqueológica y sus trabajadores terminaran la campaña de excavación y abandonarían la aldea de R⁵ al día siguiente por la mañana temprano. Por ese motivo el profesor Munk, acompañado de su secretaria y de los otros tres miembros de la misión, se dirigió al atardecer al puesto de guardia para despedirse del comisario jefe, señor Anwar, y darle las gracias por la ayuda prestada durante los dos meses de trabajo en las ruinas arqueológicas de la aldea. Y mientras los miembros de la misión estaban tomando café en la oficina del comisario, éste dijo unas palabras que indujeron al profesor a cambiar de idea y desempaquetar de nuevo todo el material necesario para excavar y realizar prospecciones, y a prolongar, él y sus colegas, la estancia en la aldea de R. otra semana más, que iba a estar llena de sorpresas para la misión, para los hombres del puesto de guardia y para toda la aldea.

Las palabras del comisario tenían relación con la desaparición de Şīf al-Ḥāyḡ Qadūr. Durante los diversos cumplidos que se estaban intercambiando el anfitrión y los huéspedes dijo el comisario:

- Profesor, nos habría gustado que continuasen ustedes la excavación hasta llegar a la tumba bizantina.

El profesor aclaró:

- La tumba bizantina y las ruinas colindantes están dentro de nuestro programa de excavaciones para la campaña del próximo año. Pero, ¿por qué precisamente la tumba bizantina?

El comisario contestó:

- Porque los trabajos que ustedes hagan en ella nos ayudarían a disipar los prejuicios de la gente de la aldea sobre la existencia de un maleficio en relación con esa tumba.

³ Las tumbas bizantinas de Siria son unas construcciones de piedra edificadas combinando torres funerarias cuadradas e hipogeos. En su interior hay numerosas cámaras, que eran utilizadas como panteones familiares. Las más conocidas del país son quizá las existentes en las inmediaciones de las ruinas de la histórica ciudad de Palmira (Tadmur), que datan de ca. 140 A.D. y 229 A.D. En torno a estos monumentos funerarios se han creado numerosas leyendas.

⁴ He realizado la traducción del texto original en árabe con autorización de su autor.

⁵ El nombre de la aldea aparece también abreviado en el texto original. Podría pensarse que se trata de Raqqa, pero esa localidad es bastante grande y no es una aldea pequeña, como la describe al-‘Uḡaylī.

Daba la impresión de que el profesor Munk -a pesar de su buen conocimiento de la lengua árabe, que hablaba según la norma clásica-, no entendía el significado de maleficio y repitió la palabra preguntando:

- ¿Un maleficio?

El comisario contestó:

- Profesor, la gente de la aldea es muy ignorante; los que tienen algo de cultura son muy pocos y creen en una leyenda que dice que la tumba bizantina encierra un maleficio que lo protege contra los que la profanen.

El profesor dijo:

- No lo entiendo, comisario.

El comisario siguió diciendo:

- El maleficio consiste en un hechizo. Se trata de algo mágico; la gente ignorante cree que hay allí un vigilante, a la puerta, que custodia el tesoro de la tumba, y que impide el paso de todo aquel que trata de entrar. La creencia de la gente de la aldea en el maleficio de la tumba bizantina nos preocupa a las personas encargadas de la seguridad, pues nuestro cumplimiento del deber se ha visto obstaculizado por la desaparición de un hombre de la aldea, cuya ropa se ha encontrado frente al corredor de la entrada a la tumba antes de que se haya constatado su desaparición definitiva.

En ese momento, la secretaria del profesor Munk, que era una rubia a la que el paso de la juventud no había hecho perder su belleza y que entendía el árabe aunque no lo hablaba con soltura, preguntó:

- ¿Ha desaparecido un hombre? ¿Cómo? ¿Cuándo desapareció?

El comisario respondió diciendo:

- El hombre era un vecino de la aldea y se llamaba Şif Hāy Qadūr. Desapareció unas semanas, o unos días, antes de que ustedes llegaran, y nadie del pueblo ha querido colaborar con nosotros para buscarlo, porque todos creen que ha sido víctima del maleficio cuando trataba de entrar en la tumba bizantina.

Los miembros de la misión se miraron unos a otros antes de que el director preguntase:

- ¿A qué se dedicaba ese hombre antes de desaparecer, comisario? Dice usted que encontraron su ropa delante de la tumba, pero ¿significa eso que estuviera excavando allí?

El jefe de policía contestó:

- Si quiere que le diga la verdad, profesor, creo que se había propuesto excavar en esa tumba. Mucha gente de la aldea realiza trabajos furtivos saqueando los restos arqueológicos existentes en estas numerosas ruinas. Sin embargo, normalmente, estos furtivos evitan excavar en la tumba bizantina por el miedo que le tienen a su célebre maleficio. Tan sólo Şif al-Ḥāy Qadūr se había propuesto excavar ahí, pero no lo hizo, estoy seguro de que no lo consiguió.

El profesor Munk añadió:

- La historia de la desaparición de este hombre despierta la curiosidad. Le ruego, por favor, que nos cuente la historia con todo detalle.

El comisario Anwar se extrañó del interés manifestado por el profesor Munk; pero al mismo tiempo le complacía que sus palabras hubieran captado la atención de esos investigadores extranjeros, y se puso a contar la historia diciendo:

- La verdad es que no deja de ser extraño. Yo conozco personalmente a Şif al-Ĥāȳy Qadūr; se trata de un pobre hombre. Tres días antes de su desaparición vino a verme y me dijo: "Necesito su protección, comisario". Le pregunté: "¿Protección para qué?". Contestó: "Quiero excavar debajo de la tumba bizantina, pero temo que tus subordinados me salgan al paso y me lo impidan". Le dije: "¿Cómo me pides protección si sabes que excavar en los yacimientos arqueológicos sin permiso está prohibido? Y además, ¿por qué exactamente debajo de la tumba bizantina? ¿No te da miedo el maleficio?". Esto último se lo dije en broma, porque yo no creo en las leyendas de la gente de la aldea sobre esta tumba. Me contestó: "¡Ay comisario!, mis hijos y yo casi nos morimos de hambre; cada vez que quiero excavar una ruina me encuentro con que otros excavadores se me han adelantado o que los guardias me lo impiden... Ya sólo me queda la tumba bizantina que nadie codicia... Voy a arriesgarme a entrar sin el consentimiento del maleficio y o bien yo lo rompo a él o bien él me rompe a mí". Me ref de sus palabras, pero por compasión hacia él le dije: "Haré la vista gorda un día o dos... Excava únicamente dos días como quieras, pero si al tercer día te encuentro en la tumba, te arrestaré y te entregaré a los tribunales..."

La secretaria del profesor - el director y un tercer miembro de la misión entendían el árabe- que había seguido con mucha atención lo que contaba el comisario Anwar dijo:

- Tiene usted un buen corazón, comisario.

El comisario se pasó los dedos por el bigote tratando de disimular el regocijo que le producían los elogios de esta hermosa extranjera, y dijo:

- Perdone, señora; la verdad es que esto no lo dije sólo por compasión hacia Şif..., sino porque me dije que era la mejor manera de disipar los prejuicios que habían anidado en las cabezas de la gente del pueblo sobre la tumba bizantina y su maleficio, y de que cesaran sus temores...

El profesor preguntó:

- ¿Y después, qué ocurrió?

El comisario contestó:

- Después pasó lo de la desaparición. Vino el guarda de la aldea y me informó de que había encontrado la ropa de un hombre tirada en el lecho del río, a la entrada de una cueva que conduce a la tumba bizantina, y que la gente había reconocido esa ropa como la de Şif al-Ĥāȳy Qadūr, del que no quedaba rastro en el pueblo. Me dirigí rápidamente al lugar. Seguramente sabe usted, profesor, que la entrada de la cueva está situada al pie de un declive que da al río y que en su interior hay una galería subterránea que termina en la puerta de la tumba. Encontré la ropa y entré en la galería, iba conmigo uno de mis hombres, y descubrí en el polvo del suelo las huellas de unas pisadas que continuaban hasta el umbral de la puerta de piedra, que yo veía con mis propios ojos por primera vez. La puerta era una piedra lisa y rectangular, que estaba perfectamente encajada en un marco también de piedra, como si estuviera incrustada en él, y no parecía que se hubiese movido de ese marco desde hacía mil años. Şif al-Ĥāȳy no había pasado por la puerta al interior de la tumba. Pero, ¿adónde se había marchado dejando tras sí la ropa? Era imposible que se hubiera ahogado, porque la corriente del río en esa época del año no ahoga ni a una mosca; y tampoco la aldea se lo había tragado, porque es tan pequeña que en ella no puede extraviarse ni un cordero. Como ya les he dicho,

no pudimos durante nuestra investigación aclararle nada a la gente del pueblo. Todos coinciden en que Şif al-Hāyî Qadûr ha desaparecido porque se atrevió a entrar en la tumba bizantina... Que lo atacó el maleficio y borró su rastro, que lo volatizó o transformó en unos cuantos animales que rondan por las callejuelas de la aldea⁶. Tonterías y más tonterías...; pero por otra parte nosotros no encontramos a Şif a pesar de que ya han pasado, poco más o menos tres meses desde su desaparición.

El comisario Anwar se calló y los miembros de la misión volvieron a mirarse unos a otros. Luego se pusieron a hablar en su idioma para traducir lo que había contado el jefe de la policía a los que no lo habían entendido. Y no tardó en decir el profesor Munk:

- Comisario, ¿podría usted acompañarnos a donde está la entrada de la tumba bizantina?
Contestó el comisario:

- ¡Pero si ustedes tienen previsto marcharse mañana!

El profesor a su vez replicó:

- No necesariamente; podemos quedarnos un día o dos más. Queremos ver ese lugar que dice la gente que está hechizado y buscar esa fuerza que ha hecho desaparecer de la existencia a ese hombre. ¿Cómo se llamaba?

El comisario contestó:

- Şif... Şif al-Hāyî Qadûr. Parece que usted, profesor, se ha vuelto como la gente de la aldea, que cree en los hechizos... que cree en el maleficio...

El profesor comenzó a reírse mientras se levantaba dispuesto a marcharse y dijo:

- Tal vez... tal vez, comisario ¿Podemos pasar a recogerlo a las ocho de la mañana?
¡Gracias y, entonces, hasta mañana!

Al día siguiente por la mañana, mientras se dirigían en uno de los coches de la misión hacia las ruinas de la tumba bizantina, el profesor Munk le dijo al comisario:

- Mi secretaria y mis colegas llevan allí desde las siete. Tengo que darle a usted las gracias por la historia del hombre desaparecido. No se la habíamos oído contar a nadie y, si hubiésemos conocido antes, habríamos podido cambiar los planes de excavación de este año.

El comisario contestó:

- No la habrán oído antes porque a la gente del pueblo no le gusta que insista en hablar sobre el maleficio, y a mí no se me ocurrió que la historia pudiese interesarles a ustedes. Pero aquí, por favor, profesor, pues el camino que lleva a la tumba es muy estrecho y conducir el coche hasta allí es muy difícil.

A la entrada de la cueva que conducía a la tumba bizantina estaban esperando los miembros de la misión; habían protegido sus cabezas con unos cascos de metal y a su lado tenían un montón de herramientas para excavar, jalones de hierro y alambres. El profesor Munk y uno de sus ayudantes se pusieron a intercambiar impresiones, que eran tan sólo interrumpidas cuando señalaban en un mapa que este último sujetaba entre sus manos. Luego el profesor:

⁶ En el Mundo Árabe, en general, y en la Yāzīra, en particular, muchas personas siguen creyendo en la existencia de los genios, los talismanes y los poderes mágicos de éstos. Está muy extendida la creencia de que los seres humanos pueden ser convertidos en animales por medio de algún hechizo.

volvió hacia el comisario Anwar para decirle, mientras se frotaba las manos en señal de regocijo:

- Comisario, me parece que va a obtener información muy útil sobre la desaparición de su hombre si nos acompaña a la puerta de la tumba; tiene que ponerse este casco en vez de la gorra que lleva. Sígame, por favor.

Mientras el comisario Anwar se enderezaba sobre la cabeza el casco de metal, le vinieron a la mente las palabras de su subalterno Ḥamdān, que por la mañana le había dicho: "He tenido una corazonada, y no estoy demasiado tranquilo con esta historia..., Abū Fāris..., hágame caso y quédese fuera de la galería subterránea cuando ellos entren... Mientras Şīf no regrese sano y salvo yo estoy con los del pueblo sobre la existencia de ese maleficio y creo, como ellos, que a quien intente abrir la puerta de la tumba bizantina se le perderá el rastro..." Pero se rió para sus adentros y siguió al profesor mientras decía:

- Aquí, al comienzo de la galería estaba la ropa de Şīf al-Ḥāyî Qadūr: un pañuelo de cabeza y el cordón que lo sujeta, una túnica y el calzado, todo en un montón. Yo traía una linterna y entré en la galería alumbrándome con ella. Venía conmigo uno de los guardias porque ningún vecino del pueblo quiso acompañarme; ni siquiera los parientes de Şīf vinieron para entrar conmigo. Esta es la puerta, tal y como nosotros la vimos. Se trata de una entrada bloqueada por esta piedra que queda perfectamente encajada. ¿Quién podría mover esta piedra? La tumba no necesita ningún maleficio mágico que la proteja de los asaltos de los saqueadores de ruinas...

El profesor Munk alumbró con la luz de su linterna de mano la puerta que le había señalado el comisario, enfocó también los muros del pasadizo, su techo y su suelo, luego el marco de la puerta rectangular y la superficie lisa de esa piedra que bloqueaba el acceso, y dijo:

- Comisario, verá usted... No es tan difícil abrir la puerta, si se quiere. El hombre desaparecido, ¿cuál era su nombre? Perdóneme que lo haya vuelto a olvidar a pesar de que usted me lo ha repetido muchas veces.

El comisario contestó:

- Se llama Şīf.

Siguió el profesor:

- Şīf estuvo aquí antes que nosotros en esta puerta y la abrió antes que nosotros. Ahora lo vamos a encontrar detrás de ella.

Para su gran asombro, el comisario vio cómo la piedra que cerraba la entrada de la puerta, cuando los dos ayudantes del profesor la presionaron sobre sus ángulos, cedió hacia adentro con un movimiento suave - como la hoja de una puerta que gira sobre su eje de hierro-, acompañando a su movimiento un amortiguado chirrido. Detrás de esa piedra apareció un espacio oscuro cuya penumbra no tardaron en disipar las luces de las linternas.

De la garganta del comisario Anwar surgió un grito de asombro acompañado de un impulso de avanzar hacia adelante. Pudo ver entonces, a la luz de la linterna, detrás de la puerta un bulto acurrucado en el suelo... Era el cuerpo de un hombre; estaba encogido sobre sí mismo en una extraña postura. El profesor Munk lo cogió de la mano, como para impedirle atravesar el umbral de la puerta, al tiempo que decía:

-Comisario, no se precipite. Tenga cuidado con el maleficio que mató a ese hombre...
Ştif...

El rostro del profesor Munk permanecía como sumergido en la oscuridad de la galería cuando el jefe de la policía lo miró para tratar de ver en su expresión si esas palabras iban en serio o en broma. Todas las linternas estaban enfocando el cadáver del hombre acurrucado en el interior de la tumba bizantina. El comisario se dio cuenta de que se trataba del cadáver de Ştif al-Hāyî Qadūr y se quedó perplejo; después de tres meses de pesquisas, búsquedas y averiguaciones...

Al final de la semana, el profesor Munk fue al puesto de policía - en esta ocasión iba solo para despedirse del comisario Anwar. Mientras sorbía el café que les había preparado el subalterno Ḥamdān, el comisario le dijo:

- Profesor, quiero hacerle una pregunta. ¿En serio cree usted que es verdad la historia del maleficio en el que cree toda la gente de la aldea?

El profesor sonrió y contestó en su árabe clásico, que pronunciaba con lentitud como si estuviera seleccionando su vocabulario con precisión:

- Le doy las gracias por esa palabra que he aprendido de usted y con la que he enriquecido mi vocabulario. Maleficio es lo mismo que hechizo, ¿no es así? Todas las cosas en este universo, todas las cosas en apariencia tienen su magia mientras no conocemos lo que ocultan pero cuando descubrimos qué hay detrás de ellas su nombre cambia para convertirse en el "ciencia". El maleficio de la tumba bizantina es una de las formas aparentes de la "magia". Al conocer su secreto se nos ha revelado como "ciencia".

Dijo el comisario Anwar:

- Profesor, esto es una filosofía demasiado profunda, que yo no llego a captar.

El profesor Munk añadió:

- El asunto es muy sencillo, comisario. Nosotros sabíamos, antes de la llegada de nuestra misión a su aldea, que una puerta como la que hemos abierto existía en alguna de las ruinas de esta zona. Conocíamos esto debido a consultas anteriores realizadas en los libros antiguos pero desconocíamos en qué monumento exactamente. Y como usted mismo ha visto con nosotros, lo que hemos encontrado detrás de la puerta es algo asombroso: joyas, collares espléndidos, vasijas y estatuas de oro. Todos estos tesoros los almacenó el rey que mandó construir esta tumba con el fin de utilizarlos cuando volviera a la vida el día en que los muertos serán resucitados de sus tumbas. Con el fin de que el rey protegiera sus tesoros de los saqueadores de tumbas antes del día del juicio final, un hechicero de su reino le inventó este maleficio por medio del cual la puerta se cierra automáticamente sobre sí misma en el caso de que la abra un ignorante o un tonto.

El profesor guardó silencio unos instantes mientras se bebía las últimas gotas del café ante de seguir:

- ¡Pobre ese amigo suyo llamado Ştif! Podría haber conseguido el tesoro que nosotros también hemos encontrado después de él, si no fuera porque fue hechizado, pero no por el maleficio sino por el espectáculo que le ofrecían las estatuas de oro, los collares de perlas y piedras preciosas que encontró en el interior de las vasijas depositadas sobre la tumba, que

aparecían resplandecientes bajo la luz de la antorcha con la que entró. No prestó atención al movimiento giratorio de la puerta de piedra detrás de él, lentamente, hasta que quedó completamente encajada en su marco para formar con ella una sola pieza. Le hubiera bastado con colocar un travesaño de madera entre la puerta y el marco, como hicimos nosotros, para impedir que la piedra se cerrara y evitar la muerte por asfixia. El médico forense de ustedes ha dicho que la atmósfera seca de la tumba ha impedido la descomposición del cadáver y que los indicios de la muerte por falta de oxígeno, que es el espíritu de la vida, aparecen sobre su cuerpo. El infeliz se desgarró el pecho con los restos de uñas que le quedaban después de habérselas destrozado intentando abrir la puerta y tratar de introducir las entre la piedra y el marco; tenía la lengua colgando entre las mandíbulas y las manos sujetándose la garganta.

El comisario preguntó:

- ¿Entonces no existía un maleficio sobre la tumba?

El profesor se rió mientras se levantaba de su asiento dispuesto a marcharse y añadió:

- Claro, claro. Existía un maleficio, comisario. Se trataba de un hechizo para los que no conocen el secreto de cómo se cierra la puerta automáticamente sobre sí misma. Nosotros después lo hemos descubierto, nos hemos dado cuenta de que se trataba de un mecanismo técnico construido ateniéndose a los fundamentos de la ingeniería y la mecánica. Era un hechicero sorprendente aquel hombre que construyó ese artefacto mecánico para su rey. Quiero decir que para aquellos tiempos era un gran sabio. Partiendo de la diferencia de niveles de los planos existentes entre el marco y la hoja y del peso de la puerta de piedra, a la que por detrás colgó unas piedras sujetas con hilos de metal que no se oxidaban y que se movían a base de poleas, sabía cómo construir una puerta de cierre automático.

Luego le estrechó la mano al comisario Anwar mientras le decía:

- Mi informe tendrá una repercusión mundial y una buena parte de esta repercusión se debe a usted por haber cooperado conmigo en nuestra excavación, y por ello les damos las gracias a usted y a sus hombres.

El comisario dijo dándole un apretón de manos:

- También nosotros le damos las gracias porque ha aliviado nuestros corazones al revelarnos a mí y a mis hombres el misterio de la desaparición del pobre Ştif al-Ĥāyî Qadūr y asimismo le ha resuelto, a la gente de la aldea el temible enigma del maleficio de la tumba bizantina. A partir de ahora sabrán que lo que mató a su hombre no fue la magia sino la ciencia... La ciencia ante cuyo encuentro Ştif quedó indefenso, por no haberse equipado con la preparación y el conocimiento convenientes”.